

Espacios para la Infancia en la Ciudad. Reflexiones desde Casa del Encuentro (2021)

Diego Blanco y Claudia Curimil (comp.)
Santiago: Cuarto Propio

Ricardo Rodulfo

Desde siempre descreí de aquellas consignas “radicales” de ciertas ortodoxias psicoanalíticas acerca de una no relación esencial entre la práctica psicoanalítica y la prevención en salud mental. Ni siquiera la creí a propósito de los pacientes adultos, menos aún de los niños. Simplemente pensé que hacía falta un concepto *psicoanalítico* de prevención en lugar de limitarse a copiar el de los sanitalistas o el de otras corrientes psicológicas. En ese orden de cosas fue decisivo para mí el encuentro con la tajante distinción en la que insistió Winnicott entre salud y normalidad, distinción que también exigía ocuparse en construir un concepto psicoanalítico de salud, en lugar de limitarse a copiar entre los sanitalistas o el de otras disciplinas. Los colegas que desdeñaban la prevención observé que también desdeñaban dignarse en prestar atención a la construcción de tal concepto. La consecuencia de esto es entregar la subjetividad a una psicopatologización global, que se ensayó dividiendo el mundo en las célebres tres estructuras, amén de otras incursiones diferentes pero coincidentes en esa patologización. Por todo esto experiencias como las que hoy celebramos al presentar -celebrando de paso la invención de Dolto de una Casa Verde- me parecen sumamente auspiciosas y sumamente ricas en aperturas teóricas, porque, y esto es más que un ejemplo, también se alejan de la concepción individualista del psiquismo que inevitablemente dada la época gravó las concepciones de Freud y sus primeros discípulos, lo que podía reducir el psicoanálisis a una práctica aislada de toda comunidad y encerrada en el dispositivo del consultorio clásico. Este encierro equivale a reducir el psicoanálisis a un solo dispositivo de intervención como el que Freud y sus seguidores montaron, cuando en realidad el psicoanálisis es una actitud y una manera de pensar que en mucho rebasa un dispositivo técnico determinado. Para cualquier porvenir del psicoanálisis considero de suma importancia desmarcarlo de cualquier identificación con la técnica que fuere: el psicoanálisis puede usar a veces ciertos procedimientos técnicos segmentarios, pero no es una técnica en sí mismo, primero porque se parece más a una artesanía y a un arte, segundo porque se interroga sobre cuestiones fundamentales del ser humano, en tanto la técnica en sí, de cualquier tipo, aplica un procediendo sin hacerse preguntas.

Por todas estas razones sacar al psicoanálisis del encierro del consultorio individual es una terapia para el psicoanálisis mismo y para quien lo practica: sale a la calle, el psicoanalista tiene la ocasión de mezclarse con otros especialistas, el psicoanálisis siempre se ha beneficiado de las mezclas gracias a las cuales existe, nunca tuvo nada de puro, nació contaminado con múltiples derroteros, desde del arte hasta el de la física mecánica. Por lo tanto salir es salud para él y una prevención en sí misma para la tendencia de los colegas a encerrarse en una corporación donde lo único que cuente sea la formación en psicoanálisis, lo cual es la peor manera de formarse el psicoanálisis desde mi punto de vista. En La casa del Encuentro, como en La Casa Verde que la inspira, también se recrea la consigna clásica del par asociación libre-atención flotante, dado los dispositivos espaciales y temporales que se organizan en lo que Derrida llamaría *indirección*, ya que todo está abierto para que no haya secuencias institucionales siempre las misma, fácilmente organizadas seguida como burocracia que reglen las relaciones entre las madres que llegan con sus hijos y los profesionales intervinientes. La suspensión de las jerarquías -que también abarca la suspensión de cualquier jerarquía psicoanalítica por sobre las otras profesiones- es otro rasgo relevante que tanto aleja esta invención de las instituciones médicas y psicológicas tradicionales, que solo saben remitirse a protocolos. Aquí el protocolo principal es la suspensión de los protocolos para dar lugar a la posibilidad de que entre los que llegan y los que allí esperan se genere un *entre*, una transicionalidad fecunda y siempre diferente de sí misma. Todo esto sin olvidar que esta disposición sin dispositivo nutre la emergencia del jugar que se despliega en los encuentros. Ya sabemos algo de la esencial articulación que hay entre el jugar y cualquier conceptualización psicoanalítica de salud que aspire a tener validez. El jugar no es normal, no es políticamente correcto, no deriva jamás de una obediencia del niño al grande, deriva de una activación espontánea de los potenciales genéticos de un niño cuando son acogidos positivamente por un medio facilitador. La Casa del Encuentro se plantea en sí misma como una encarnación, entre otras posibles, del ambiente facilitador, que entre otras cosas facilita también la existencia de conflictos y de desencuentros en el acontecimiento mismo de los encuentros, porque no se trata de ofrecer una suerte de institución supuestamente paradisíaca donde todo se volviera fácilmente armónico. Se trata también de acoger el conflicto como un indicador crucial de que allí hay *diferencia* en juego.

Por todas estas cosas y muchas otras más celebramos la existencia de esta Casa del Encuentro y de su segunda publicación colectiva como algo muy auspicioso para el porvenir del psicoanálisis en nuestra América Latina, que tanto lo necesita sin saberlo demasiado, que tanto necesita del psicoanálisis como una afirmación entre otras tantas de la política de las diferencias y de la política que hace del jugar una vertebración fundamental de nuestra existencia.